



DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto agreste é inculto que presenta la España por varias partes, es debido principalmente á sus muchas montañas. Cinco grandes cordilleras la atraviesan del Este al Oeste, ligadas entre sí por tierras y montes que envuelven, por decirlo así, el país todo, en un tejido de colinas y de rocas. Por eso hay poquísimas llanuras, y estas solo se encuentran en el interior de la Península.

Si esta constitucion física de la España perjudica mucho á la facilidad de las comunicaciones, aísla á los habitantes y detiene en cierto modo el movimiento de nuestra civilizacion moderna, en cambio tiene tambien grandes ventajas, porque disminuye el excesivo calor del clima, y alimenta los arroyuelos que llenan de fecundidad los valles. Por otra parte las montañas han sido muy útiles á los españoles, políticamente hablando, porque en ellas encontraron un baluarte para salvar su independencia nacional. Las de las Asturias contuvieron, como es sabido, la invasion de los árabes, y Pelayo fundó allí ese reino de Oviedo que reconquistó despues el país todo.

A pesar de que muchas personas han dicho que el Norte de España parecia la Suiza, el carácter que presenta difiere notablemente de los caseríos de los Alpes y de las rústicas veredas trazadas por los campesinos suizos á lo largo de las cuestas, y el viajero se admira y con razon de esas blancas y elevadas construcciones de la España, que de lejos parecen torres fortificadas, y de esas calzadas de piedra atrevidamente construidas al borde de los precipicios. Algo de árabe y de militar domina siempre en ese aspecto, que no revela únicamente, como los paisajes de los Alpes, una poblacion inteligente é industriosa, luchando con la naturaleza, sino la vigorosa y omnipotente mano de los pueblos mas difíciles de subyugar de España, y que

abandonan con facilidad los instrumentos agrícolas para dar el primer grito y la primera señal de resistencia en una lucha que dura siete siglos.

Tales son las consideraciones que nacen al contemplar los desfiladeros de la Coruña, cuyo grabado precede á estas líneas, y que reúne á lo pintoresco del paisaje los caracteres que dejamos apuntados.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

I.

El imperio árabe de España habia llegado á notable engrandecimiento bajo la dominacion de los califas Beni Umeyas de Córdoba, dinastía venturosa asentada en aquel trono por el esfuerzo y altas prendas del famoso emir Abderrahman ebn Moawia (1).

Pero todavía le estaba reservada á aquel imperio mayor gloria y prosperidad en el reinado del grande y magnánimo príncipe *Abderrahman III ebn Mohammed*, titulado *Annasser la-din Allah*, ó sea el defensor de la ley de Dios, que subió al trono en la luna nueva de Rebi el 1.º de la egira 300 (2), y le ocupó felizmente cincuenta años; el primero de su familia que to-

(1) Fundó el imperio de Córdoba por los años de la egira 138—756 de Jesucristo, y murió en 172—788.

(2) En el mes de octubre del año 912 de nuestra era.

mó el glorioso título de *emir Almumenin*, ó soberano de los creyentes (1); aquel en cuya proclamación cantaron los poetas.

«Comienza una luna nueva y un nuevo reinado de prosperidad: O tú (que imperas por) la gracia de Allah, ¿dime si hay gloria que aventaje á la tuya (2)?»

En los días de este monarca la antigua y siempre célebre Córdoba llegó á ser la ciudad mas floreciente de Europa y del imperio musulmánico. La famosa *colonia patricia*, la princesa de la Bética romana (3) convertida entonces en la sultana sin rival del occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento y setenta mil casas (4) y numerosos alcázares y palacios, las cúpulas y alminares (5) con bolas de oro, de sus tres mil ochocientas mezquitas (6) y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito (7). Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veintinueve arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos axarifes, ó sean cortijos y haciendas de campo (8). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas considerables de la España sarracena y cristiana (9), salían los numerosos y ordenados escuadrones de á pié y de á caballo, árabes y bereberes, que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar enarbolados los pendones del profeta con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas guarnecidas noche y día por innumerables velas y guardas, velaban con frecuente y sangriento espectáculo coronadas con millares de cabezas de cristianos, segadas como abundante cosecha por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de la lid y de la muerte. A ella acudían cada año las demas ciudades y provincias de la España árabe, depositando á sus régias plantas como pecho y tributo la inmensa suma de mas de seis millones de dinares de oro (10), sin contar las ricas parias que pagaban al califa otros señorios ó estados feudatarios de aquende y allende el mar. A su aljama ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la *Caba* de la Mecca (11), llegaban peregrinos sin cuento de oriente y occidente; y sus *madrisas* (12) ó academias eran frecuentadas por los talbes (13) y ulemas (14) de todo el mundo sarraceno, que acudían á buscar allí la luz del saber

apagada á la sazón en el resto del orbe. Y no es extraño por cierto el que todo muslim (1) ansiase ver la ciudad, que segun cierto poeta árabe andaluz (2) encerraba cuatro maravillas: su soberbio puente sobre el Guadalquivir (3), su aljama, sus academias, y por ultimo su prodigiosa *Medina Azzahra* ó la ciudad florida, que nos proponemos como asunto principal de nuestras investigaciones.

En este emporio pues de las riquezas, el poder y la ilustración del universo imperaba por la voluntad del omnipotente Allah, el noble, liberal y magnánimo califa Abderrahman III, aventajándose en grandeza, fortuna y majestad á todos los monarcas de su época. Aquí llamando á su lado á los hombres mas ilustres y honrados de sus reinos, xeques (4), alimes, alfagines (5), alcaldes (6) y poetas, se habia formado la corte mas brillante. Aquí mostraba su largueza y magnificencia embelleciendo á Córdoba con suntuosos edificios, como mezquitas, alcázares y casas de placer con deliciosos jardines y copiosas fuentes y juegos de agua, valiéndose para ello de los mas hábiles alarifes (7) ó ingenieros (8) que hizo venir de Bagdad y Constantinopla (9). De aquí salía para romper con sus poderosas huestes por las fronteras de los cristianos con frecuentes gazuas (10) y algaras (11), y aquí tornaba de nuevo á reposar bajo bóvedas de jazmines y rosales y entre bosquecillos de naranjos y arrayanes, en donde las bellísimas huries de su harem (12) le brindaban las delicias del amor.

Pero el poderoso sultan no era feliz. Hay un vacío en el corazón humano que lo mismo se siente en la prosperidad que en la desgracia, á menos que venga á llenarle esa imagen celestial que nuestros corazones buscan por instinto y que hemos admirado en presentimiento en todo lo bello y amable que hemos hallado en la tierra. Hay una aspiración á buscar la dicha en otro ser, de quien el nuestro parece como arrancado y que no puede vivir sin él; y hay una necesidad de unirsele con un sentimiento ardiente, poderoso, divino, independiente de los demas afectos del mundo, y de buscar en él una dicha ajena á todos los placeres y bienes terrenos. Este ensueño, esta necesidad del alma, esta pasión en fin, que no es mas que la aspiración del hombre al sumo bien, nos lleva á veces por un error de nuestra condición mezquina á sacrificar cuanto somos y cuanto valemos en las aras de cualquier deidad seductora, aun la mas indigna de tal idolatría: con que poniendo en ella nuestro amor, nuestra fé y nuestra esperanza, llegamos, aunque tarde, al desengaño ó al arrepentimiento.

Tal fué la desdicha de Abderrahman Annasser. Mas para evocar estos recuerdos fuerza nos es acudir á los textos de los historiadores árabes cuando nos relatan el suceso de la fundación del monumento mas portentoso de este memorable reinado, que fué la fundación de Medina Azzahra, alcázar y sitio real de los

(1) Así lo cuenta el autor árabe del *Bayan Almaghreb*, parte II, pág. 161 del texto árabe publicado por M. Dozy en Leiden 1848 á 51.

(2) Estos versos que cita el mismo autor del *Bayan*, son el principio de una *cassida* ó poema de *Ahmed ben Abderrabih*, poeta cortesano y adulador de los califas de Córdoba que nació en 246 — 840, y murió en 328 — 940 imperando Abderrahman III.

(3) El P. Roa escribió un libro para probar el principado de la Córdoba romana sobre la Bética: de *Corduba in Hispania Bética principatu*.

(4) 113,077 casas para el pueblo y 60,300 para la gente principal y corte del monarca, dice un historiador árabe citado por *Almacari*, tomo I, pág. 356 de la edición de Leiden, 1855.

(5) Torres, propiamente faros ó lumbreras.

(6) 3,837 y segun otros 3,877. *Almacari*, I, 355.

(7) *Ebn Ghalib* citado por *Almacari*, I, 304. Otros dicen que 30,000 eod. *Alm.*, I, 355.

(8) *Alm.*, I, 299 355.

(9) Los nombres de estas nueve puertas y el orden de su situación era como sigue. Al S. las de *Alcantara* ó el puente, y la de *Algeciras*; al E. la de *Zaragoza*, llamada tambien *Bab Athad* ó puerta de hierro, y la de *Toledo* ó Toledo; al N. la *Rumia* ó de Roma, y la de *Talavera* ó de Leon; al O. la de *Amer* el *Corairi*, y la de *Badajoz*, y la de Sevilla llamada tambien *Bab Alatharin* ó de los perfumistas; al S. O. cerca del alcázar de los califas.

(10) Véase á *Almacari*, I, 374.

(11) Todos han oído hablar de este famoso templo que los árabes creen edificó por Abraham, y á donde cada musulmán debe acudir en peregrinación una vez al menos en la vida. De la aljama de Córdoba hablaremos mas adelante.

(12) De la raíz árabe *Darasa*: estudiar.

(13) *Talbe* ó *Talet* quiere decir lo mismo que filósofo ó amante de la sabiduría, de la raíz árabe *Thalaba*: buscar con afán.

(14) Plural del nombre *Alim*: docto, sabio, principalmente en las tradiciones alcoránicas.

(1) El que profesa el islamismo ó ley de salvación; de la raíz *salama*: salvarse.

(2) Citado por *Almacari*, I, 96.

(3) Le edificó Julio César y fué restaurado por el califa Nixem I; que imperó desde 788 á 796 de Jesucristo.

(4) Ancianos, cabezas de tribus.

(5) Teólogos.

(6) Capitanes y caudillos de tropas.

(7) Peritos, arquitectos.

(8) Esta es la verdadera significación de la voz árabe *Almaghrib*, que se halla en el autor á quien seguimos y que los diccionarios traducen *geómetra*.

(9) Así lo cuenta el historiador *Ebn Jaldun* citado por *Almacari*, I, 380, al referir la fundación de los palacios llamados *Dar Arraudha* ó la casa del Verjel y *Almama Annaora* ó huerta de la noria que Abderrahman hizo edificar con extraña magnificencia, haciendo traer para el riego gran copia de agua de las sierras vecinas. En el palacio de *Annaora* fué hospedado mucho despues el rey de Galicia D. Ordoño el IV, como lo veremos mas adelante.

(10) Expedición de guerra, expugnación de plazas.

(11) Entrada en tierra de enemigos para talar y robar.

(12) Lugar reservado, mansion de las mujeres, de la raíz árabe *haram*: vedar.

califas de Córdoba, á tres millas de esta corte por su parte septentrional.

Puesto que el relato que vamos á trazar mas se asemeje por lo maravilloso y florido de sus pormenores á la risueña amenidad de la novela que á la severa descripción de la historia, bastará tener alguna idea del gusto y genio literario de los árabes para conocer que nosotros no hemos hecho otra cosa que traducir diversos pasajes de historiadores de aquella nación. Estos han sido entre otros los célebres *Abu Meruán Ebn Jayín* (1), *Ebn Jacín* (2), *Ebn Baxcoval* (3), *Ebn Jaldún* (4), *Sidi Mohieddin Alarabi* (5) y *Ebn Jallacán* (6), citados por el autor del *Bayan Almoghreb* (7), *Almaccari* (8) y otros cronistas y colectores de historias arábigo-españolas, á cuya traduccion hemos querido consagrar algunas vigilias en gracia de lo importante y curioso de sus noticias: hélas aquí.

Abderrahmán III, que poseía en alto grado la virtud propiamente árabe de la liberalidad, había derramado grandes riquezas en las belldades de su harem. Al morir una de ellas dejó de aquellas donaciones inmensa fortuna. Entonces Allah, por medio de sus imames (9) y alfaquies, inspiró al califa un santo consejo, que fué el de invertir aquellos tesoros en rescatar á los musulmes que gemian cautivos en las partes de *Afranch* (10). El emir con esta resolucion despachó sus *rasules* ó embajadores á los réyes cristianos sus comarcanos (11). Pero el maldito *Xaitan* (12) que nunca descuida el daño de los hombres, desecho de evitar aquel bien, inspiró al justo Annasser la mas frenética pasion por otra de sus mujeres, la bellísima Azzahrá (13), y á ella el sentimiento de la mas torpe codicia. Azzahrá pues, corrompiendo á fuerza de oro á los mensajeros del califa, alcanzó de ellos que no cumpliesen fielmente su embajada, y al volver á la corte declarasen no haber hallado muslim alguno cautivo en tierra de cristianos (14). Abderrahmán Annasser, dando crédito á esta falsa-nueva, se regocijó mucho, y con fervor de creyente acudió á la aljama mayor, fundacion de su ascendiente Abderrahmán ben Moawia, para dar gracias á Allah por aquella gloria y ventura de su religion.

Cumplido este deber, el emir acompañado de sus wacires y su guardia de esclavos (15) negros vistosamente armados, volvióse á su alcázar situado á la parte de poniente de la ciudad. Como

en las grandes alegrías, lo mismo que en los grandes dolores, el corazón del hombre necesita desahogar y comunicar sus sentimientos, mayormente si vive enamorado, Annasser, que lo estaba en extremo, quiso comunicar su alegría con la hermosa Azzahrá. Entró pues en su aposento, que era un pabellon del mismo alcázar con rejas á sus jardines, y como ella sabedora ya de lo ocurrido le recibiese con grandes muestras de cariño, luego que con sus tiernas caricias, dulces palabras, y miradas penetrantes de gacela, le vió enteramente ciego y preso por el delirio del amor, le dijo: «Quisiera que con esos tesoros edificases una ciudad de mi nombre que sirviese para mi morada y para retiro de nuestros amores (1).» — El enamorado sultan prometióle luego acceder á sus deseos, y desde entonces ningún otro pensamiento preocupó su real ánimo sino el de llevar á cabo aquella obra con la suntuosidad y magnificencia digna de él mismo, y que pudiese dar testimonio de la extraña pasion que alimentaba.

Annasser pues, mostrando con tal ocasion toda la fineza de su generosidad, no solo consagró al gasto que debía ocasionar la fábrica proyectada las inmensas sumas que dejó su favorita, sino que para llevarla á cabo con toda esplendidez abrió las arcas de sus tesoros y destinó al mismo propósito la tercera parte de los cuantiosos tributos que le pagaban sus vasallos y pueblos tributarios (2), reservando de las otras dos una para el ejército y la otra para el erario. Inmediatamente el poderoso califa envió sus órdenes y mensajes á los walis (3) de sus provincias y á los príncipes y señores de otros estados sus feudatarios ó amigos, manifestándoles sus deseos de levantar un monumento que diese indicios de su grandeza. Esto ordenó y escribió Abderrahmán Annasser, y muy luego tres partes del mundo se apresuraron á satisfacer su voluntad soberana. La tierra ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innumerables artifices que acudieron á explotarlas. La antigua Tarragona y Almería, el espejo de España (4), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos y con variedad de colores y matices; la cora (5) de Rayya, y su cabeza la Fenicia Malaca (6) preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opulenta Tunez ricos jaspes rosados y verdes (7). Los mares se cubrieron de bajeles, que zarpando de los puertos de Africa, Siria, y aun de Italia y Grecia, acudian con los presentes y tributos de sus príncipes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vientos soplaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y marinas de Tunez y Mehdia se dieron á la vela para las costas de Andalucía naves cargadas de las magníficas columnas de mármol y jaspe y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas ruinas de la iglesia cristiana de Sfax (8), y á las mas soberbias de la antigua y potente Cartago (9) que enviaban al emir Almumenin sus walis ó gobernadores en aquellas provincias. El número de columnas venidas del Africa fué el de mil y trece, y las trajeron los alarifes (10) Abdallah ebn Yunes, Nasan

(1) Nació en Córdoba en 377—987 y escribió diversas obras históricas muy apreciadas, algunas de las cuales se han perdido.

(2) *Abu Nasar Alfath*, mas conocido por *Ebn Jacín*, célebre literato andaluz que murió en 529—1134 ó 35.

(3) *Abulcasim Jafar Ebn Baxcoval* ó *Baxcoval*, natural de Córdoba y autor de una historia muy apreciable de la España árabe que concluyó en 534—1139.

(4) Famoso historiador: nació en Tunez en 732—1332 y murió en oriente en 808—1405.

(5) *Abu Abdallah Mohammed Mohieddin Ebn Alarabi* el Andalusi ó español, que floreció en la primera mitad del siglo VII de la egira XIII de nuestra era, en su obra titulada *Almosamarat* ó las recreaciones, citada por Almaccari, I, 343 y siguientes.

(6) Famoso historiador que vivió desde 608—1211 hasta 681—1282.

(7) Su autor *Ebn Adzari* el marroquí, que floreció en el siglo VII de la egira, XIII de nuestra era. Véase á M. Dozy en la introduccion á su edicion de esta obra poco antes mencionada.

(8) El *xeij* ó *xeque* *Abulabbas Ahmed Almaccari*, que floreció en el siglo XI de la egira, XVII de Jesucristo. Nosotros hemos seguido el texto árabe de su parte publicado en Leiden, 1855, por M. William Wright.

(9) *Imam*: sacerdote: ministro de la religion.

(10) Los autores árabes designan con el nombre de *Afranch*, no solo á los pueblos francos, sino á los godos y otras gentes septentrionales y en general á todos los cristianos.

(11) Almaccari, I, 344.

(12) Satanás.

(13) La florida, la dotada de brillante hermosura.

(14) Almaccari, ibidem.

(15) Estos eran manebros germanos y esclavos que los árabes por aquellos siglos solian adquirir de los judíos como esclavos, y de ellos los unos se destinaban al servicio del harem y otros á la guardia del califa. Véase á M. Dozy en sus *Recherches sur l'histoire pol. et litt. de l'Espagne pendant la moyennage*, I, 28.

(1) *Sidi Mohieddin Alarabi*, citado por Almaccari, I, 344.

(2) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 246 y siguientes. Almaccari, I, pág. 374. Este autor dice que las rentas recaudadas anualmente por los califas de Córdoba ascendían á 5.480,000 dinares de oro de los tributos de las ciudades y provincias, y ademas 865,000 dinares de los derechos especiales impuestos sobre los socos ó mercados, y de lo que rendía el *muatojal*, que como observa el orientalista M. Dozy en su Glosario al *Bayan Almoghreb*, tom. I, pág. 13 y siguientes, eran las tierras y heredades del patrimonio particular de los califas.

(3) Gobernadores.

(4) Espejo significa Almería en la lengua árabe.

(5) Comarca ó jurisdiccion.

(6) Sabido es que los árabes llamaban Rayya á la comarca de que era capital Málaga.

(7) Almaccari, I, 374.

(8) Almaccari, I, 373.

(9) Idem.

(10) Arquitectos, peritos.

ebn Mohammed, el cordobés, y Alí ebn Chafar, el alejandrino, á quienes el califa les dió por cada mármol, grande ó pequeño, diez dinares (1). Por tal manera empleando los árabes conquistadores las columnas y mármoles de las ruinas de Cartago en nuevas fábricas y edificios, no es extraño que hayan desaparecido los restos y huellas de aquella poderosa ciudad hasta el punto de ignorarse casi su antiguo asiento. Y no es solo la antigua señora de los mares la que envía por sus tributos y ofrendas las reliquias de sus artes y civilización al poderoso sultan; sino que también las otras dos ciudades que en los tiempos pasados tuvieron el imperio del mundo acuden con sus dones y párias para esta grande obra rival de las suyas. Envióle Roma gran número de columnas y ricos mármoles; y el emperador de Constantinopla (2) entre otros presentes le envió con Ahmed el filósofo y el obispo Rebi (3) una perla (*yatima*) de inestimable valor, y una fuente ó pila de pórfido, joya preciosísima por el primor de sus labores y adornos, que mas adelante tendremos ocasion de describir. Ademas de estas preseas aquel emperador, gran amigo y aliado de Annasser, le mandó ciento y cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños (4) y gran cantidad del *sofeisafa*, especie de preciosa y elegante filigrana ó mosaico esmaltado para el adorno de las paredes y artesanos (5). Todo esto consta por los historiadores árabes; tan prolijos acostumbran ser en sus relatos y noticias.

Mientras así se acopiaban los materiales para la construcción, Annasser hizo venir á costa también de grandes expensas á los mas excelentes arquitectos y geómetras de Bagdad y otras partes de la Siria, así como también de Grecia y otras regiones de oriente y occidente. El cuidado de dirigir la obra teniendo bajo su mano á los arquitectos y artífices, lo confió á su mismo hijo y príncipe heredero de la corona el emir Alhacani. Para su planta escogió un paraje acomodado, así por lo vasto de su recinto como por lo variado y pintoresco de sus vistas y amenidad del terreno, que fué una espaciosa llanura en la falda y ladera meridional del monte llamado *Gibal Alarus* (monte de la esposa), á la distancia de tres millas al norte de Córdoba (6).

Teniendo ya escrita la mayor parte de estas páginas, ha venido dichosamente á nuestras manos un trabajo en extremo cu-

rioso é importante sobre los monumentos de Medina Azzahrá (1). Su autor el Sr. D. Pedro Madrazo, atento principalmente á esclarecer la historia de las bellas artes durante el período mas ilustre de la dominación árabe en España, ha investigado y descubierto al fin los vestigios y ruinas que se conservan de aquel portentoso del arte. Su inteligencia y buen celo han prestado en verdad un señalado servicio á la arqueología y la historia, determinando el verdadero asiento que tuvo Medina Azzahrá, ignorado ó puesto en controversia hasta entonces. Es cierto que la version del autor árabe *Almaccari*, publicada algunos años antes (2), pudo corregir el error en que habian incurrido Conde (3) y otros historiadores; pero solamente al amor al arte y buena diligencia con que aquel distinguido escritor ha examinado por sus ojos el terreno, se debe el que hoy pueda fijarse con toda evidencia la verdad del caso. El Sr. Madrazo pues halló los vestigios de Medina Azzahrá en una dehesa situada en el lugar llamado vulgarmente *Córdoba la Vieja* (4), como tres millas al N. O. de la ciudad y al pié de la sierra, que es el paraje á donde le encaminaron las noticias de Almaccari. La dehesa de Córdoba la Vieja es, como observa el Sr. Madrazo, un llano descampado con leves sinuosidades y reuertos hacia la parte de la sierra, en cuya falda se apoya, y por lo tanto corresponde exactamente á la noticia que sobre el asiento de Medina Azzahrá nos ha legado un árabe andaluz que la contempló sin duda cuando se conservaban todavía muy recientes sus vestigios y memorias. Este testigo, digno de todo crédito porque fué un xequé de Córdoba, de quien lo oyó el escritor *Sidi Mohieddin Ebn Alarabi*, citado por Almaccari, dice claramente que Medina Azzahrá estuvo situada como tres millas al norte de Córdoba entre la falda meridional del monte de *Gibal Alarus* y la llanura (5). Hoy en aquel terreno y en el mismo asiento de aquellos suntuosos alcázares se ve una eminencia llana y cuadrangular como de ciento y setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, occidente y mediodía, y por el norte unida á la sierra por varios montecillos de figura irregular. Así estos montecillos como la eminente planicie mencionada, revelan fácilmente que no se formaron por obra de la naturaleza, sino de los escombros amontonados de las ruinas, pues con solo apartar el espeso ramaje que allí ha brotado, se descubren entre la tierra trozos de piedras labradas con gran primor; lastras de mármoles rotos, mosaicos y otros despojos de la pasada destrucción. Por tales fragmentos de magnífica arquitectura que en gran parte son trozos de la preciosa filigrana llamada *sofeisafa*, y por la traza y figura de las ruinas que todavía dejan entrever la antigua planta, muros, puerta exterior y cubos angulares ó á las del gran alcázar, se colige de un modo indudable que aquellos restos hundidos entre el polvo de los siglos son las venerables reliquias del monumento mas prodigioso encumbrado por el poder y galantería de un monarca (6).

(1) Segun otros Abderrahman les dió á razon de tres dinares por cada pieza pequeña de mármol, y ocho por cada columna.

(2) Leon, padre de Constantino, el llamado Porfirogénito.

(3) Este obispo parece que era uno de los prelados que regian la iglesia cristiana de Córdoba, que con el nombre de los *mudrabes* se conservó bajo la dominación de los moros. Por los autores árabes sabemos que Annasser se valió de él para muchas embajadas y negociaciones, principalmente artísticas, con los soberanos de oriente, sin duda por ser versado en la lengua griega y en otros conocimientos científicos y de bellas artes.

(4) Almaccari, I, 373 y 74. — Bayan, parte I, pág. 216 etc.

(5) Por el autor del *Bayan Almoghreb*, pág. 253 de la edición mencionada, y por otros autores árabes sabemos que el emperador griego envió á Abderrahman grandes cantidades de este *sofeisafa*, que se emplearon en decorar los muros de la aljama de Córdoba y los de Medina Azzahrá, enviándole al mismo tiempo aquel soberano un arquitecto para que dirigiera su colocación y adiestrara en el modo de fabricarle á los artífices de Córdoba, que por cierto no tardaron en aventajar á sus mismos maestros. La capilla del *Mihrab* en la catedral de Córdoba se mira todavía decorada con aquel precioso ornato. Así fué como los árabes imitaron la arquitectura bizantina que luego perfeccionaron y embellecieron mas y mas, como veremos mas adelante. Sobre estas curiosidades arqueológicas y ornato del famoso *Mihrab*, véase á Almaccari, I, 360, al mencionado *Bayan*, y al célebre geógrafo *Alidrisi* ó *Itrisi*, mas conocido por el Nubiense, nueva version de *M. Jaubert* y particularmente á la obra del Sr. Madrazo de que pronto vamos á ocuparnos.

(6) Así lo dice *Sidi Mohieddin*, citado por Almaccari, I, 343. *Ebn Jaldin*, citado por el mismo historiador (I, 344), dice que á cuatro millas y un tercio. El célebre geógrafo *Xarif Alidrisi* ó el Nubiense, dice que á cinco millas (edición de Madrid, 1799, pág. 97). D. J. A. Conde en su historia de los árabes de España, parte II, cap. 79, señala la misma distancia é incurrir en otro error que notaremos despues. Nosotros seguimos la autoridad de *Sidi Mohieddin*, por las razones que exponemos dentro de poco.

(1) Este trabajo ha aparecido en una de las publicaciones mas excelentes que hoy dia ven la luz entre nosotros, que es la titulada *Recuerdos y bellezas de España* (su director y editor D. F. J. Parcerisa), obra destinada á perpetuar por medio de la pluma y el buril todas las preciosidades artísticas de nuestra nacion, y ejecutada con gran lujo y destreza.

(2) La traduccion inglesa de Almaccari por el Sr. D. Pascual Gayangos, publicada en Londres, 1840.

(3) D. José A. Conde, en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, dice equivocadamente que Medina Azzahrá estuvo situada *Guadalupe* (parte II, cap. 79).

(4) Mas adelante haremos notar con el Sr. Madrazo y los mismos autores árabes el error que cometió Ambrosio de Morales en tomar por romanas las ruinas árabes de Córdoba la Vieja.

(5) Hé aquí el texto de este curioso pasaje puesto en caracteres vulgares á falta de los arábigos: «Medina Azzahrá..... *Fabantha* (Abderrahman Annasser) *tahta Gebal Alarus min quibla algebal waxamal Corthoba wabcinaha wabeina Corthoba alyuma tzalata amyal au nahu dzalica..... wahia bein algebal wassahl.*» Almaccari, I, 343.

(6) Sobre los fragmentos artísticos hallados en Córdoba la Vieja, véase al Sr. Madrazo en la pág. 424 y siguientes de sus estudios sobre Córdoba y Medina Azzahrá, y á D. Pascual Gayangos en las muy curiosas noticias que sobre antigüedades arábigas da en el tomo VI del *Memorial histórico español*, páginas 322, 23 y 24.

Contentándonos por ahora con dejar señalado el antiguo asiento de Medina Azzahrá y sus actuales vestigios, dejaremos para mas adelante el entrar en algunas consideraciones sobre el carácter de aquella arquitectura, ofreciendo entonces en las co-

lumnas de nuestro SEMANARIO como muestra y recuerdo algunos de los fragmentos de tan interesantes ruinas.

(Continuará).



Dios mío, es el mismo, dijo el médico descubriéndole.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

I.

William Bradsh habitaba, á mediados del siglo pasado, una casa de campo en el Leicester. Solo con sus dos hijas aun de corta edad, puesto que la mayor tenia 14 años, ejercia con notable esmero la noble profesion á que se habia dedicado.

Era el único médico que por aquellos alrededores habia; así que continuamente William era llamado por los habitantes de las aldeas vecinas, á los cuales como hemos dicho asistia con un celo digno de elogios.

Habíase casado ya á una edad á la que generalmente ningun hombre se casa, con una mujer que si bien no habia enriquecido con su dote el escaso patrimonio del médico, en pago habia llevado á su casa la alegría franca y expansiva de la juventud, y ese perfume de felicidad que se exhala de dos corazones que se quieren.

Dos niñas habian nacido de este matrimonio, y si bien Bradsh habia sonreido á los frutos de su amor porque ya tenia esperanza de poder legar su nombre á hijos suyos, habia tenido tambien que lamentarse de su suerte viendo cuán cara compraba aquella felicidad.

Su esposa habia muerto al dar á luz la última de sus hijas, y aun cuando Margarita era un vivo retrato de su madre, Bradsh no podia acostumbrarse á la idea de que le faltaba la mujer que animaba su casa y que era una parte de su felicidad.

Pero los dias pasaron, el consuelo refrescó con su rocío el entristecido corazon del médico, y la pobre muerta si no completamente olvidada, estuvo menos presente en la imaginacion y memoria de su marido.

Las afecciones del médico se reconcentraron en sus hijas, por las que únicamente parecia vivir y á las que acariciaba con unas señales tan grandes de alegre melancolía, permítaseme la expresion, que habian desarrollado entre los tres un vivísimo cariño, Wilhelmina, la mayor, habia visto mas de una vez los ojos

de su padre húmedos de llanto cuando la sentaba sobre sus rodillas, y cogiéndola su rubia cabeza entre sus manos cubría su frente y cabellos de besos.

Atribuía la niña á recuerdos de su madre, y como las había acostumbrado á pronunciar con cariño y respeto tan sagrado nombre, le acompañaba en sus lágrimas como le animaba con sus sonrisas cuando él se sonreía.

Nadie penetraba en casa de Bradsh, y siempre solo, y aislado completamente de la sociedad y de la gente, resumía su existencia en su jardín, sus hijas y los enfermos que imploraban sus socorros y cuidados.

Únicamente venía á la casa un hermano del médico, mayor que él, y que ejercía la cura de almas en una aldea inmediata.

Los días que esto acontecía encerrábanse juntos los dos hermanos, mandaban á las niñas á jugar al jardín, y solos, en una conferencia que solía prolongarse bastante tiempo, hablaban callando y con misterio como si temieran ser oídos.

Estas conferencias, como habían notado las niñas, no debían versar sobre asuntos muy agradables, porque en cuanto salía el vicario, William buscaba sus hijas, se retiraba con ellas al interior de la casa y no volvía á versele sonreír.

En vano preguntó Wilhelmina á su padre los motivos de sus penas: el médico contestaba que no tenía nada, y encerrado en su silencio quitaba á esta el derecho de insistir mas sobre los motivos de su tristeza.

Hemos introducido ya al lector en el interior de la casa de nuestro buen anciano, y aun cuando no es llegada la ocasión de revelar las conferencias que los dos Bradsh tenían entre sí, podemos añadir como dato, que el médico iba tres días de la semana á casa de su hermano, que prolongaba su estancia en la casa mas de dos horas, y que las visitas del médico á su hermano producían el mismo resultado que las de este á aquel.

El cura vivía con toda la modestia y humildad propias del verdadero pastor del rebaño de Cristo, sin mas compañía que una anciana que llevaba el peso de la casa y una pobre niña de diez y ocho años que ignoraba quiénes eran sus padres, y á quien, según el vicario decía, había recogido.

Amábala este con entrañable afecto, y en algunas solemnidades del año la llevaba á casa del médico, para que saliendo de la monotonía de su casa se exhibiera un poco por el jardín corriendo en compañía de las dos niñas que la querían en extremo, ya por el genio un poco loco de la muchacha, ya por el afecto que todas en la casa le demostraban, ya también por ser la única joven, que en aquella especie de desierto veían.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar un acontecimiento raro é inexplicable que nosotros vamos á referir, aunque no á explicar por ahora, y que turbó completamente el aspecto no solo de la casa del médico, sino de toda la comarca.

El hecho fué el siguiente; pero este suceso es demasiado importante para que no le consignemos en un capítulo aparte.

II.

Hemos dicho ya que William Bradsh era el único médico que había por aquellos sitios, y que acostumbraban á llamarle de las casas de campo y aldeas vecinas para asistir á los enfermos, á quienes él trataba con un esmero y una atención dignas de elogio.

Una noche que ya las niñas se habían retirado á su cuarto, y que él, después del estudio habitual á que se consagraba diariamente, dormía tranquilo y sosegado, vinieron á despertarle unos golpes secos y precipitados dados á su puerta.

Levantóse el médico, y después de enterarse del objeto de la llamada tan á deshora, vistióse con prontitud y salió en compañía del aldeano que había venido á buscarle.

Condujole este atravesando los campos á una casa de mezquina apariencia, y al llegar á ella después de una caminata dificultosa, porque no alumbraba mas luz que el resplandor de las estrellas, detúvose ante la puerta y le dijo:

— Señor doctor, el caso para que os he llamado es de honor; confiamos en su lealtad y buen corazón.

— Explícase, dijo el médico.

— Una pobre muchacha es la que hoy necesita de los auxilios que vuestra ciencia puede prestarla; pero para ello es preciso que antes jureis guardar el secreto de lo que vais á ver, y que no toqueis al velo que la cubre.

Vaciló Bradsh durante un momento, porque las palabras del joven aldeano estaban en contradicción con su traje y envolvían un misterio tenebroso; pero convencido de que nadie podía quererle mal, hizo el ofrecimiento que aquel deseaba, ya excitado por la curiosidad.

Penetraron en la casa, y de allí en la habitación: era esta todo lo mezquina y pobre que es posible imaginarse, y su único mueblaje consistía en una mesa toscas de pino, dos sillas de asiento de madera y un colchón en el suelo, sobre el que yacía una mujer cubierta con un espeso velo negro.

— ¿Qué teneis? Preguntó el médico dirigiéndose á ella.

Callóse la enferma, y una pobre mujer que allí estaba, acercándose á su oído le dijo en voz baja el padecimiento de la del lecho.

La noche fué horrible, el médico luchó en extremo con la naturaleza, y ya después de bien entrado el día, logró triunfar y que la enferma diese á luz un pobre niño, robusto y rubio como el sol.

Pero lo que no pudo menos de llamar la atención del médico fué que durante aquel parto que había sido bastante laborioso, ni un grito, ni una queja, ni una palabra habían salido de los labios de aquella mujer, que muda é inmóvil como una estatua había sufrido horribles dolores con una calma y una resignación casi imposibles.

Arregló el médico al recién nacido, y después que le tuvo vestido y cuidado, entróle á la habitación donde estaba su madre.

Pero esta se había ya vestido y no estaba en la casa.

— ¡La habeis dejado salir! dijo el médico dirigiéndose á la mujer que había sido el único testigo de aquella escena.

— Se ha empeñado, contestó la vieja.

— ¿Pero no comprendéis que esa temeridad puede costarla la vida?

— Se lo he dicho, y no ha hecho caso.

— Llamadla, llamadla.

— Es inútil, dijo la mujer con fría calma, en cuanto habeis salido de su habitación, se ha vestido y se ha marchado.

— ¡Sola!

— La acompaña el que os ha ido á buscar.

— ¡Qué locura! dijo Bradsh.

Concluida ya su misión y viendo que la hora era bastante avanzada y que él faltaba de su casa desde la noche, despidióse sin querer aceptar un bolsillo de oro que le alargaba la mujer, y dirigióse á su casa.

Antes de entrar, sus dos hijas salieron á recibirle.

— ¡Papá, papá! le dijeron en coro, un niño, un niño.

Una idea vaga cruzó rápidamente por la frente de Bradsh, y penetró en su cuarto.

— Mirale, mirale, dijeron las niñas señalando una especie de cuna en que venía un niño recién nacido.

— Dios mio, es el mismo, dijo el médico descubriéndole y procurando no demostrar otra sorpresa que la que parecía natural en aquel momento.

— Pobrecito, dijo Wilhelmina.

— ¿Te vas á quedar con él? preguntó Margarita.

— Dios nos le envía, dijo el médico, vivirá entre nosotros.

Y se dijo á sí mismo: ¿qué misterio será este? ¿Quién puede explicarse lo que á mí me sucede?

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

UN CAPRICHIO.

APUNTES PARA UNA NOVELA.

A Ricardo Balés.

I.

AMISTAD.

Corría el año 1849.

En una de sus noches se representaba en el teatro de la Cruz una comedia nueva. Escusado es decir que estaba brillante.

Luisa está en su palco.

¿Quieres saber quién es? lectora.

Es una joven que frisa en los 17 años, morena, pero no bella. Sus ojos son pequeños, mas sumamente espresivos; su boca bonita, pero ninguna de sus facciones es de una belleza que admire.

La bondad se retrata en sus facciones.

La dulzura de su carácter se deja conocer en su mirada.

En su palco está un joven elegante, cuya fisonomía hace quiza suspirar á alguna de las damas que hay en el teatro.

— ¿De veras? ¿No has amado nunca?

— Créelo, Luisa, ninguna mujer me ha llamado la atención, y eso que las hay lindísimas: creo que he de ser muy particular en asuntos de amor.

— No te lo creo, Enrique, tú tienes muy buenas circunstancias; no eres mala figura: has debido amar.

— Siento que no me creas; pero es cierto que mi corazón no ha latido por ninguna: ninguna declaración ha salido de mis labios.

— Tanto lo aseguras que será fuerza creerte.

II.

CARIÑO.

Es fama que aquella noche dijo él entre sí: no sé que cierta simpatía tengo hacia Luisa. Y diz que ella pensaba «no haber amado: ¡quizás! ¡quizás! No es mala figura.» Y atusó con su linda mano, porque la tiene muy linda, sus elegantes bandós.

El autor que lo sabía, murmuraba: sabido es que la amistad engendra cariño..... Después se metió en la cama, tosió y se durmió.

Buenas noches.

III.

AMOR.

Han pasado 15 días.

En que Luisa y Enrique han pensado mucho:

En que su cariño está en alza:

En que su amor está en naciente:

Y su declaración en saliente.

Estamos en el Prado.

— Luisa no puedes figurarte una cosa que me pasa.

— ¿Qué? Enrique.

— Que estoy enamorado.

— ¿De quién?

Luisa se ruborizó: Enrique hizo un ademan decisivo y dijo:

— De tí.

Gran pausa.

Los coches siguen rodando.

Los caballos corriendo.

Y los paseantes como si tal cosa.

— De tí, sí: por quien suspiro; porque eres un ángel; porque eres muy bonita,

Enrique mentía; pero amaba con su primer amor, y en su primer arrebató dijo lo que no sentía: que era muy bonita Luisa.

— Pues bien, te correspondo, te quiero, solo siento no ser tan bonita como tú mereces; porque no me hago ilusiones; porque soy fea.

Luisa decía lo que sentía.

— No, Luisa, no. Eres bella; te amo, y para mí siempre serás un querubín, una belleza ideal como la perla de Rafael.

— Gracias, Enrique, sabré pagarte con amor tu pasión, ya que con belleza no pueda ser también.

— ¡Qué feliz soy! se decía este.

— ¡Cuánta dicha! exclamaba aquella.

Luisa al acostarse escribió en su cartera: 10 Junio 1849 en el Prado.

Enrique en la suya la misma fecha y las palabras: Me he declarado y me corresponde; no puedo creer tanta aventura. La adoro.

Aquella noche ni el uno ni el otro cerraron los ojos.

IV.

HABLA EL AUTOR.

¡Cuán dulce es amar! Deslizándose la vida suavemente tras multitud de ilusiones, se considera uno feliz al contemplar á su bella; al percibir una señal imperceptible. Entre dos enamorados todo habla, y hablan mucho los ojos. ¿Quién no distingue esas miradas lánguidas que encierran en un *te amo tanto*, toda la filosofía del amor?

Luisa y Enrique se aman cual dos personas nacidas la una para la otra, sus pensamientos, sus ideas, todo se aviene. ¡Dichosos ellos! Sí, mil veces dichosos.

Quisiera hablar mucho de amor, de las felicidades de estar enamorado; pero mi pluma no puede expresar lo que quisiera mi corazón.

V.

PROYECTOS.

— Luisa vamos á hablar formalmente de nuestros amores. He amado por primera vez y creo que por la última.

— Quién sabe si regañaremos algún día y entonces amarás á otra.

— No, imposible, solo á tí puedo amar. Yo que he vivido sin amar mas que á tí hasta ahora; ¿quieres que si me dejaras volver á amar? Esta idea me asesina.

— Eres hombre al fin: hoy amas á una. Esta te dice que no; los tres primeros días te desesperas, el cuarto te consuelas y el quinto amas á otra.

— Nunca, eso no.

Mejor conocía ella que él el corazón del hombre.

— Sigamos hablando formalmente. Deseo saber si te casarías gustosa conmigo.

— He dicho que te amo, por lo tanto puedes conocer cuál es mi resolución.

— Pues bien, despues de darte mil gracias— Enrique estaba conmovido— quisiera me fijaras época para nuestra boda.

— Ya te lo diré mañana.

VI.

LA RESOLUCION.

Mañana: día tan venturoso como triste; que con tanta impaciencia se espera.

Mañana: dice el enamorado, es el día en que espera una resolución de su amada.

Mañana: pronuncia con horror el sentenciado.

Mañana: es el día en que cumplirán mi sentencia.

Dan las doce de la noche: cuéntalas con agitación y ese mañana es ya hoy.

Mañana: dice el que se casa y en medio de su impaciencia siente ver llegar ese mañana deseado, porque es el día en que empieza el segundo acto de su vida.

Mañana: es esperado siempre por los que asistiendo á un

moribundo, ven que se le concluye la vida. Ese mañana equivale á muerte.

Mañana es el día de los que no quieren hacer algo en hoy.

Mañana pronuncia, Enrique, temblando.

Mañana se decide mi suerte.

Y ese mañana llega y su impaciencia aumenta con las horas y ve por fin á Luisa que le coge de la mano y le dice.

Enrique, me has consultado si me quiero casar, y cuando á lo primero te he contestado, á lo segundo te diré que nos casaremos el día 40 de junio de 1832, para cuya época has concluido tu carrera; mas hasta quince días antes no nos hemos de ver: quedas libre hasta entonces, yo tambien. Juro amarte y no amar á ningun otro, prométeme lo mismo y vete. Es un capricho raro, tan raro como grande el amor que te profeso. Entonces te explicaré el por qué hago esto, hasta entonces escríbeme.

—Confuso quedó Enrique; mas era tal la seguridad de Luisa, tal su acento, tal el amor que se retrataba en su semblante, que se arrojó ante ella; besó su mano y la dijo: Te he comprendido, siempre buena y sublime Luisa. Adios, el día 26 de mayo de 1832, Dios mediante, estaré á tus pies como ahora: vóime á Granada, allí estudiaré y concluiré mi carrera, y vendré á recibir el premio de mi sacrificio que en verdad es grande. Adios, Luisa.

Se apretaron las manos, y Enrique se fué.

Luisa lloraba; aquel enjugaba con su pañuelo dos lágrimas que se habian escapado de sus ojos.

VIII.

EL VELO.

Uno muy tupido nos impide leer la correspondencia, que seria como yo me supongo y tú tambien, lectora.

Luisa fué fiel.

Modelo de mujeres.

Enrique el estudiante mas aprovechado de Granada.

VIII.

LA BODA.

Era el 40 de junio de 1832.

En una sala magníficamente amueblada habia hasta unas veinte personas lujosamente vestidas.

Entre ellas estaba Luisa y sus padres, ricos propietarios, de quien no te he hablado porque no hacia al caso.

Enrique estaba tambien elegantemente vestido.

Suenan las nueve.

Y se abre una puerta.

Es un gabinete. En él hay un altar.

Y dos sacerdotes.

Luisa y Enrique se casaron.

Los jóvenes pasaron un rato un sí no es euvidioso.

Las jóvenes tambien le sufrieron.

Siguieron los abrazos.

Los refrescos.

Y lo demás de ordenanza.

IX.

EXPLICACIONES.

Vamos, dime ahora, decia Enrique aquella noche, ¿por qué me has hecho sufrir dos años, tres meses y ocho dias?

Porque á mi lado, decia Luisa, no hubieras hecho mas que amar, y en Granada has conseguido ser el estudiante mas aventajado, sin que por eso me hayas amado menos. Ese fué mi objeto.

Un abrazo fué el que dió las gracias á Luisa.

Enrique estaba sorprendido; decia para sí ¡qué capricho! ¡Cuánto talento!

X.

NAPOLEON FUÉ UN GRAN HOMBRE.

Qué bien dijo Napoleon: *una mujer bonita agrada á los ojos, una mujer buena agrada al corazon; la primera es un dije; la segunda es un tesoro.*

Esto repetia Enrique y exclamaba entusiasmado ¡Napoleon fué un gran hombre!

XI.

CONCLUSION.

Hasta el presente son los dos sumamente felices, y se quieren mucho. Enrique agradece cada dia mas el capricho de su mujer, porque gracias á él, es hoy uno de los abogados de mas clientela.

RAMON DE ESPÍNOLA.

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Lágrimas son las perlas, que la aurora en su sepulcro vierte.

Céfiro gime, y por su muerte llora, por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.

No se nubló la pura luz de su alma. No tocó en el suelo su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma

anidarse no quiso, ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma la flor del paraíso.

JUAN VALERA.

LA FELICIDAD.

No es la felicidad, hermosa Adela,

realzar juveniles devaneos,

ni sentada en brillante carretela

oro y perlas lucir en los paseos.

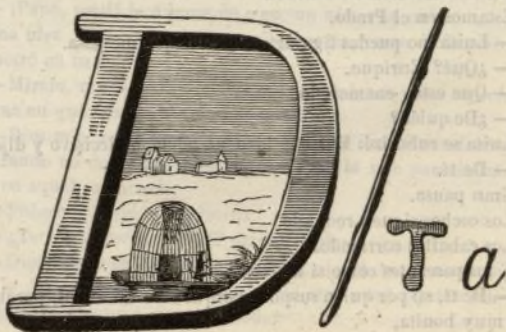
Solo la alcanza quien prudente anhela

por ceñir á su suerte sus deseos,

y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma, logra al fin conservar la paz del alma.

JUAN NICASIO GALLEGO.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.